

neros. Irritadas de no poder meterse entre los caballos para apoderarse de los objetos de su furor, desahogaban la saña que las animaba apurando el vocabulario de los insultos, de las palabras mas émicamente obscenas, dirigidas contra los prisioneros en primer término, y seguidamente contra los nacionales que los amparaban.

Ahora bien, aquellas energúmenas pertenecían á las mismas clases que compusieron los voluntarios realistas que tan perseguidores y crueles se habian mostrado pocos años antes contra los liberales. Aquellas mujeres habian probablemente figurado entre las manolas que en 1823 y 24 paseaban las calles de Madrid pidiendo al son de sus panderos la sangre de los que habian sido milicianos.

El secreto móvil de aquella bacanal no era tal vez otro que el ser aquellas furias sedientas de venganza, mujeres, hermanas ó allegadas de voluntarios nacionales que pagaban á sus rivales en la misma moneda con que habian servido los realistas los objetos de su afección.

El lance fué apurado para los milicianos de caballería. Desde la puerta de Alcalá por la ronda hasta el Saladero donde dejaron á los prisioneros, tuvieron que servirse de sus armas para impedir que la exasperada muchedumbre se metiese entre los pies de los caballos para maltratar á los prisioneros.

Desde el día 19 de setiembre en que tan malparados salieron los carlistas á consecuencia del encuentro de Aranzueque hasta el 15 de octubre en que volvieron á ser batidos por Espartero en Retuerta, la marcha de don Carlos fué una precipitada huida que ponía de manifiesto á los pueblos por los que transitaba la derrota y la humillación con que regresaba la altiva expedición emprendida con el levantado propósito de que diera por resultado la posesión de la corona de España.

El ejército carlista, que al dar la batalla de Chiva contaba con quince mil infantes y mil trescientos caballos, se vió reducido en Brihuega el día 20 de setiembre á cuatro mil hombres desalentados y cuyo número disminuía la deserción á bandadas de los voluntarios que últimamente se habian unido á la expedición. En su anhelante marcha en retirada, solo obtenían los fugitivos algun descanso, cuando por dársele á sus soldados Espartero se detenía un día ó dos, y frecuentemente en aquella afanosa peregrinación los hambrientos carlistas tuvieron que abandonar sus ranchos y dejaron de tomar las raciones preparadas y que no tenían tiempo de recoger.

Cansado de huir y por haber llegado á país en el que la causa carlista era mas popular que en las comarcas que acababa de atravesar, quiso Moreno, jefe de E. M. del Pretendiente, aprovechar la ventajosa posición que, pasado que hubo el rio Arlanza, le ofrecía un monte poblado de gruesas encinas, punto en el que determinó esperar á su contrario.

No habia mal calculado el general carlista el partido que podia sacar de la índole del terreno. Tenía en él oculta la mayor parte de su gente y esperó á que fuesen llegando las columnas de la Reina para caer con el grueso de sus tropas sobre uno de los dos extremos de la línea de Espartero.

Por algun tiempo estuvo dudoso el éxito de la operación, habiendo combatido los carlistas con mas aliento del que podia esperarse del miserable estado en que iban; pero la buena estrella de Espartero y la oportuna entrada en acción de la división de la Guardia real, conducida por el general Rivero, decidió del éxito de la jornada en favor del ejército de la Reina al que felicitó Espartero por medio de la lacónica y animada orden del día que damos á continuación:

«Pocos dias han pasado desde que en Retuerta obtuvisteis un señalado triunfo sobre las bandas del príncipe rebelde. El que habeis alcanzado hoy no es de menos importancia. He cumplido mi oferta de proporcionaros nuevos laureles. Vosotros habeis llenado mis deseos.

»Lo difícil del terreno no ha permitido que todos hayais tomado parte, pero estoy seguro que todos habriais arrollado al enemigo como lo hicieron vuestros compañeros de armas. La caballería batió y persiguió á la rebelde causándola pérdidas considerables en muertos, heridos y prisioneros. La división de la Guardia real y el batallón de guías tomando las eminencias posiciones de vuestro frente pusieron en completa dispersión la división enemiga.

»Tributemos á tanto valiente el homenaje de nuestra común admiración. En su brillante comportamiento he visto reproducirse las acciones gloriosas que todos contais en esta sangrienta lucha.

»Compañeros: constancia para sobrellevar las fatigas y la vereis terminada, dando la paz y la ventura á la nación, honor á las armas, y esplendor al trono de nuestra inocente Reina. Así lo espera vuestro general.—*Espartero.*»

Corroboraba Espartero la actitud que ante el ejército y el país le hacia tomar la antecedente orden del día, al separar de su lado á los oficiales generales conocidos como aliados del jovellanismo y que habian animado á la oficialidad de la Guardia al semi-vergonzante, semi-tumultuario pronunciamiento de Pozuelo de Aravaca.

El general Rivero, comandante general de la Guardia, que en nada habia querido prestarse al intento de la oficialidad, y el brigadier don Antonio Van-Halen que la habia resistido abiertamente, fueron los principales agentes que empleó Espartero para contener las exigencias de los descontentos de la Guardia, al mismo tiempo que quiso mostrarse con ella benigno y allanar la vuelta á las filas de los pronunciados á quienes habia reemplazado promoviendo á oficiales gran número de sargentos. Entre los separados se hallaron el brigadier Roncali, el coronel Manzano, el de igual clase Lavalette y el brigadier Herrera Dávila. El jefe de E. M., coronel Mazarredo, fué reemplazado como jefe de E. M. por el brigadier don Antonio Van-Halen que mandaba una de las brigadas de la Guardia.

Reformado en dichos términos el personal de su E. M. y volviendo igualmente la espalda al ministerio y á los moderados, encerróse Espartero en sus atribuciones de general en jefe y púsose en marcha en seguimiento del enemigo.

Eludiendo nuevos encuentros dividieron los carlistas los restos de su ejército en dos mitades, una bajo las inmediatas órdenes del Pretendiente y su jefe de estado mayor Moreno, y la otra mitad mandada por el infante don Sebastián llevando por segundo jefe á Zaratiegui, y encaminándose ambos cuerpos por las Encartaciones al territorio vascongado.

Aunque victorioso y amado por los soldados que le seguían con entusiasmo y orgullo, la situación de Espartero estaba tan lejos de ser satisfactoria, que en la misma fecha y tal vez con la misma pluma de que se sirvió para felicitar á su ejército por medio de la orden del día que acabamos de transcribir, presentaba el general su dimisión al gobierno fundada en el abandono en que se le tenía respecto á recursos, acto que aunque no llegó á producir su dejación del mando al general en jefe, prueba que en aquella guerra larga y desoladora, no eran menores los sufrimientos y privaciones de los vencedores que las que en medio de sus continuas derrotas habian experimentado los vencidos.

La dimisión de Espartero se fundaba en la siguiente comunicación que dirigió al ministro de la Guerra:

«Excmo. Sr.—Hoy he llegado á esta villa donde he sabido que el general Lorenzo pasó ayer por Frias con objeto de salir al encuentro del Pretendiente, que segun las noticias que he podido adquirir pasó el Ebro en el día de ayer por los puentes de Condado....

»En medio de los señalados triunfos que ha adquirido el ejército, me veo en la situación mas crítica y expuesto á ver desaparecer todo el fruto por la absoluta falta de subsistencias. Todos los fuertes de la línea me aterran con sus justos clamores; en ningun punto hay víveres ni caudales. Todos acuden á mí patentizando su estado y la imposibilidad de conservarlos en estado de sitio. Este ejército victorioso no podrá acudir en su auxilio porque su situación es la de no poder sostenerse. Repetidamente tengo manifestado á V. E. que no tengo con que cubrir las sagradas atenciones de este ejército. Podría hacerme superior á la pérdida de mi reputación y de mi existencia, porque las he ofrecido en aras de la patria, pero no puedo sobrellevar la congojosa situación que nos ha de conducir á la ruina despues de una campaña feliz. Espero que el gobierno no perderá momento en remediar tan urgentes necesidades, pero en el entre tanto ruego á V. E. que me diga á quién debo entregar el mando, pues mis males se han

agravado, viéndome en la imperiosa situación de tener que atender al restablecimiento de mi salud.—Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel general de Briviesca, 25 de octubre de 1837.—*Espartero.*»

Deseoso don Carlos de atenuar el disgusto que entre los suyos producía el mal resultado de su infructífera campaña, apenas hubo regresado al territorio vascongado dió un decreto concediendo ascensos á los oficiales y pensiones á los individuos de la clase de tropa que habian formado parte de su expedición.

Durante la ausencia del Pretendiente de las provincias, habia quedado, como queda anteriormente dicho, Uranga en calidad de jefe superior del territorio y del ejército, y no tardó este en inaugurar su mando con la toma de Lerin, cuyas fortificaciones destruyó, habiéndose posteriormente apoderado de Peñacerrada, en cuyo punto hizo trescientos prisioneros.

La línea de Hernani, recuperada por Espartero, segun en su día lo dejamos relatado, se hallaba á cargo del entonces brigadier don Leopoldo O'Donnell, quien se vió atacado por Uranga á mediados de setiembre.

Adelantóse el jefe liberal hasta Andoain, entregando al incendio los caseríos del territorio enemigo vecino al Bidasoa. No resignado Uranga con que su adversario hubiese logrado su intento, cayó con fuerzas superiores sobre O'Donnell, ocasionándole la pérdida de setecientos hombres.

El comandante general carlista de Navarra, García, dirigió, pocos dias despues, un serio ataque contra la villa de Azagra, la que se defendió con tanta constancia y denuedo, que pudieron lisonjearse los nacionales de aquel pueblo y su comandante don José María Corosa de haber conquistado por su gallarda defensa, en el concepto público, nombrada comparable á la que anteriormente enaltecíó á los defensores de Cenitico, de Peralta y de Villafranca. Ni la metralla ni el incendio fueron bastantes á intimidar á los valerosos vecinos de Azagra, á quienes cupo la gloria de ver alejarse á García sin que este hubiese podido realizar su intento.

En los primeros dias de octubre puso Uranga sitio á Lodosa, en cuyo auxilio acudieron Ulibarri y Zurbano; pero envió el general carlista al encuentro de los liberales á Guergué y á Sacanelle, trabándose en su consecuencia un reñido combate que terminó en favor de Uranga, toda vez que los jefes liberales tuvieron que retirarse á Logroño.

La actividad y el celo con que desempeñó Uranga el mando de las provincias Vascongadas y Navarra contrastaba con la flojedad que se achacó al jefe liberal Ulibarri, y que dió por resultado que los carlistas se enseñoreasen de territorios de Navarra antes poseídos por los liberales, suerte adversa que alcanzó á los valles de Salazar y Aezcoa que, habiéndose pronunciado en favor de la Reina, fueron desarmados y sometidos al dominio de don Carlos.

De la desfavorable reacción que para el carlismo experimentó el espíritu público de las provincias suministra cumplida prueba la circular de la diputación foral de Vizcaya que transcribimos al pie (1). El regreso de la malograda expedición

(1) «Quizás la maledicencia interpretando siniestramente el regreso momentáneo del Rey nuestro señor á estas heroicas provincias, ha querido atribuirlo á causas que no existen, aspirando á desanimar el espíritu público con suposiciones insidiosas y con la propagación de soñadas victorias militares obtenidas por las huestes revolucionarias. Las atenciones económicas y de justicia que han llamado á S. M. mas acá del Ebro no han tenido otro origen que la solicitud soberana para acorrer al remedio que males intestinos reclamaban de la soberana autoridad del Rey...

»Convieni que os penetreis de la necesidad de no cejar en los sacrificios inherentes á la lucha tan cruel y prolongada que sostenemos; un esfuerzo mas puede acercarnos al logro de la apetecida paz. El Rey nuestro señor, sensible á la acrisolada lealtad de estas provincias, quiere que con este motivo no sufran nuevos gravámenes y al efecto ha dictado ya Su Majestad las disposiciones oportunas; y así lo asegura la Diputación en testimonio de su magnánima bondad y de la gratitud con que siempre ha sabido acoger los generosos y leales servicios de los vizcainos; esperamos pues con confianza resultados favorables que ulteriores operaciones militares nos ofrecen, y constantes en el empeño que hemos contraído,

hizo estallar la mina de rivalidades y de odios que sordamente trabajaba el interior del campo carlista. La abierta hostilidad que reinaba entre los jefes y sus respectivos partidarios, hostilidad contenida dentro de ciertos límites hasta entonces, estalló tan á las claras, que sin disimulo cada pandilla amenazaba con el fusilamiento de aquellos de sus contrarios hacia quienes mas odio abrigaba, y como acontece en épocas de confusión entre partidos violentos, engañándose á sí mismo, daba don Carlos su célebre manifiesto fechado en Arciniega, jactanciosa fábula de imaginarias victorias que á nadie lograron convencer ni causar la menor ilusión.

El regreso á las provincias de los derrotados expedicionarios que habia capitaneado el Pretendiente, hizo decaer tan notablemente el espíritu carlista, que gran número de entre los voluntarios que habian acompañado á don Carlos, abandonaban sus filas y se marchaban á sus casas, profiriendo voces de que habian sido vencidos por haber estado mandados por traidores.

CAPITULO V

La expiación

Cataluña despues de la expedición de don Carlos.—La indisciplina militar.—Asesinato de generales.—San Sebastian.—Miranda.—Pamplona.—Gayangos.—Ejecuciones.—Cómo finaliza el año 1837.

Antes de alejarse el Pretendiente de las provincias catalanas, en las que contrariamente á las ilusiones que abrigó al dirigirse á ellas, no halló á sus partidarios en el próspero estado en que creyó los encontraría; y habiendo además experimentado durante su estancia en las mismas, privaciones y penurias, que acusaban la falta de una administración inteligente y creadora, propúsose remediar tan palpables menoscabos, confiando el mando superior del antiguo Principado al brigadier don Antonio Urbiztondo, paje que habia sido de Fernando VII, y uno de los primeros oficiales de la Guardia real que alzaron bandera en favor del Pretendiente.

Promovido al empleo de mariscal de campo, recibió Urbiztondo los mas amplios poderes, dejándole recomendado don Carlos que organizase y disciplinase las numerosas partidas que al aliciente de la licencia y del merodeo tanto se habian multiplicado en aquellas provincias.

Nombrado en 27 de junio, aceptó Urbiztondo la misión que le confiaba su rey, dispuesto á no perdonar medio para utilizar cuantos elementos pudieran contribuir al triunfo de la causa; á cuyo fin dedicóse á estudiar el estado económico, militar y político del país, exámen que no pudo menos de desalentarlo, toda vez que si bien reunía un ejército de trece mil hombres y algunas piezas de artillería, escaseaba de municiones, la distribución de fuerzas no era la mas acertada, y la disciplina, á la que tan rebeldes se mostraban sus subordinados, dejaba mucho que desear.

Formó desde luego el jefe carlista su plan de campaña, basado en operar en la alta montaña, defendiendo los puntos fortificados y regularizando sus comunicaciones con Francia. Tomó por punto de partida la ocupación de Berga que Castells tenia bloqueada hacia tres meses, y para apresurar su rendición dirigióse á dicho punto Urbiztondo dejando á Tristany en Suria y disponiendo que los demás cabecillas observasen al baron de Meer, cuya presencia podia comprometer el éxito de la operación.

La defensa de Berga no fué lo que debia esperarse de una guarnición que habia sostenido un largo sitio, pues aunque resistió la plaza un primer asalto, capituló al segundo día de roto el fuego, haciendo Urbiztondo su entrada en ella apoderándose de dos malos cañones, de seiscientos fusiles y de veinte mil cartuchos, artículo que grandemente necesitaba la facción, y tambien de cantidad de efectos y pertrechos, habiéndose además unido á las filas enemigas ochenta de entre los trescientos soldados caídos prisioneros.

no alojemos un solo punto en la cooperación de los medios que por nuestra parte exijan las vicisitudes de la guerra hasta alcanzar su terminación.—D. G. A. V. S. M. A.

»Durango 27 de octubre de 1837.—*El Marqués de Valdespina.*—*Manuel Delandauca.*—*Juan José Xoguet.*—*Francisco Ignacio Ibieta.*»

Seguidamente puso Urbiztondo sitio á Prats de Llusanés, cuya defensa fué mas enérgica que lo habia sido la de Berga, habiendo igualmente acudido en auxilio de la plaza el Capitan general. No creia este sin embargo que aquella posicion fuese sostenible atendida su peculiar topografía, y determinó en su consecuencia abandonarla, circunstancia que aprovechó Urbiztondo para ocuparla al siguiente dia disponiendo la demolicion de sus fortificaciones.

Al regresar de su expedicion vióse atacado el baron á la altura de San Feliu. Recibió al enemigo en marcha sin dejar de continuar la que seguia en direccion á Manresa; pero los carlistas renovaron la acometida con acrecentadas fuerzas, y el éxito de la lid pudo haber sido desventajoso para las armas de la Reina, á no haberlo remediado la energia de las disposiciones del baron y la bizarra carga á la bayoneta dada por el regimiento de Zamora á las órdenes de su coronel Clemente. Y mas todavía que la decision y buena estrella de los jefes liberales, contribuyó á evitar un descalabro la inacion de Tristany, del Muchacho y del Llach de Copons, que permanecieron inactivos en desobediencia á las terminantes órdenes de Urbiztondo.

En vista de la direccion tomada por el baron de Meer, resolvió aquel formalizar el sitio de Ripoll, no obstante la contraria opinion de sus jefes subalternos. Bloqueó en su consecuencia la plaza, puso en batería tres piezas de que disponia, que aunque de poco poder, le sirvieron para imponer á los sitiados, á los que intimó la rendicion, alegando el deseo de evitar el derramamiento de sangre. El comandante de armas contestó que esperaba órdenes del baron de Meer, cuya aproximacion, conocida de Urbiztondo, decidiólo á redoblar sus esfuerzos para apresurar la rendicion.

Grandemente correspondieron al pensamiento de Urbiztondo las disposiciones de su tropa y de su oficialidad, pues hubo entre ellos animada competencia sobre quiénes habian de ser designados para dar el asalto. Verificóse este accediendo á los deseos de los que mas decididos se mostraban y mayor confianza tenian en el resultado.

Aunque dado con sumo vigor el ataque, á fin de efectuarlo mas resueltamente aplicaron los carlistas escalas, que resultaron cortas en la primera acometida, lo que juntamente con el ardor de la defensa y lo nutrido del fuego con que fueron recibidos los que asaltaron primero la muralla, costó á los agresores el sacrificio de sus mas bizarros oficiales. Solo dos quedaron ilesos entre los once que habian tomado parte en el ataque.

No podia Urbiztondo ceder de su empeño en el estado á que las cosas habian llegado, é importándole en tanto extremo hacerse dueño de la plaza antes de la aparicion de las fuerzas de Meer, hizo uso de todos sus medios para que fuera decisivo el nuevo asalto pronto á verificarse.

Mas evitó este y con extremo favoreció los planes de Urbiztondo la circunstancia de haber pedido parlamento los sitiados. Resuelto el general carlista á no desperdiciar ocasion tan propicia, recibió á los parlamentarios, que intimidados por el marcial aparato con que los carlistas encubrian su debilidad, solicitaron un plazo de cuarenta y ocho horas para el arreglo de las capitulaciones. Con fingido enojo respondió Urbiztondo que no podia acceder á lo solicitado, porque el deseo de venganza de sus tropas reclamaba un segundo asalto, que se daría á las nueve de aquella noche ayudado por las descargas de artillería de que supuso tener considerables aprestos.

Por fin se convino con los parlamentarios en que se suspendería el fuego hasta que pudiesen responder las autoridades. Mas teniendo noticia Urbiztondo de que Meer se hallaba muy cerca, precipitó las negociaciones ocultando á los sitiados la aproximacion del auxilio, y concluyóse la capitulacion bajo bases que honran al general de don Carlos que concedió á los sitiados que eligieran á su gusto el punto de residencia donde querian marchar; les aseguró el respeto á las vidas y haciendas, y que por nada serian molestados los vecinos en atencion á sus opiniones políticas. No accedió á la condicion de conservar la guarnicion sus armas y pertrechos que les hizo entregar, consintiendo que los oficiales conservasen sus espadas, equipajes y caballos.

La toma de Ripoll valió á los carlistas ciento cincuenta corrajes y cananas, quinientos fusiles, veintidos mil cartuchos encajonados, ocho mil sueltos, dos mosquetes y otros varios efectos de guerra, víveres y cantidad de metales que les sirvieron para fundir piezas. El gobernador, cinco oficiales, ciento cincuenta soldados y ochenta milicianos nacionales que fueron trasladados á Francia, constituian la fuerza que habia capitulado. Las fortificaciones fueron destruidas.

Importaba mucho al jefe carlista, que tales sucesivos triunfos acababa de obtener, hacerse igualmente dueño de San Juan de las Abadesas y de Camprodon; y dando la preferencia al primero de dichos puntos, pasó á ponerle sitio, ínterin destinaba fuerzas que embarazasen la posible aproximacion del baron de Meer. Carbó mandaba la poblacion amenazada, y no podia ser dudosa la decision de tan acreditado jefe. Rechazó las propuestas de capitulacion y enarboló la bandera encarnada como señal de intransigencia.

Aproximábase entre tanto Meer á cuyo encuentro envió Urbiztondo toda la fuerza de que podia disponer, conservando solo un batallon á la vista de la plaza. Los bravos sitiados se apercibieron de la novedad y verificaron una vigorosa salida, al mismo tiempo que el refuerzo que conducia el Capitan general arrolló á los tres mil carlistas enviados para contenerlo; accion en la que fué tan meritoria la bizarría y estrategia de Meer, cuanto vituperable la conducta de Sobrevías y otros jefes carlistas á quienes Urbiztondo mandó formar causa por no haber cumplido con su deber en la jornada de Capsa-Costa, cuyo indisputable lauro aumentó los infinitos que tenia recogidos el benemérito Capitan general de Cataluña.

La pericia y celo de Urbiztondo se estrellaban contra los abusos que tenia que vencer, y ante las rivalidades y mala voluntad de la junta carlista del Principado.

Resuelto á organizar nuevamente sus tropas, tropezó Urbiztondo con dificultades nacidas de la junta y de su presidente el obispo de Mondoñedo, el que no solo paralizaba las providencias del general, sino que daba aliento á los excesos de algunas de las partidas que vejaban á los pueblos y desacreditaban la causa carlista; contrariedades que desde luego revelaban una causa secreta, una fuerza que directamente operaba contra la fama y las providencias del general. En efecto, el Pretendiente tenia á su lado insidiosos consejeros que no tardaron en convencerle, menguado como era el ánimo de don Carlos, de que debia retirar su confianza á Urbiztondo; consejos que dieron motivo al envío á Cataluña de comisionados del cuartel real, encargados de recoger los soldados procedentes del ejército del Norte, dejados por don Carlos á Urbiztondo; llevando dichos enviados por instruccion que, de acuerdo con la junta, quedase el general separado del mando si oponia obstáculo á las órdenes de cuyo cumplimiento iban encargados.

Anteriormente habia Urbiztondo dirigido al ministro una exposicion que lo justificaba, describiendo el verdadero estado de la guerra y los obstáculos que se oponian á su mas acertada direccion. De lo expuesto por el general, aparecia que los carlistas de Cataluña eran hordas de bandidos indisciplinados, sin mas ley que la del pillaje; reduciéndose sus decantados triunfos á actos propios para suscitar enemigos á la misma causa que defendian.

Escribió igualmente á don Carlos, afirmando su lealtad y probando con fundadas razones que la enemiga de que era objeto procedia de ruines y miserables intrigas que pretendian detenerle en el camino de la victoria. Pintaba al príncipe, á quien con tanta lealtad servia, el lamentable estado de cosas que paralizaba sus determinaciones, la insuficiencia de sus tropas, y se sinceraba de haber sido generoso con los vencidos, alegando que si no habia usado de mayor rigor en las capitulaciones, habialo motivado lo peligroso de las situaciones en que se habia encontrado, y el convencimiento en que estaba de que el mejor sistema para atraerse el amor de los pueblos era el que habia seguido.

Recordaba con horror las víctimas de Gironella, mostrándose resuelto á castigar todos los excesos y á que fuesen respetadas todas las opiniones políticas, afirmando que no es buen medio para triunfar el de la crueldad y el exterminio.

Un nuevo contratiempo esperaba á Urbiztondo en el segundo sitio de San Juan de las Abadesas; contratiempo tanto mas sensible cuanto que eran testigos de él los comisionados de don Carlos y un representante de la junta de Berga venido á enterarse de las penalidades que experimentaba el ejército.

Insuficientes fuerzas y estas mal armadas y escasas de material de sitio llevó el general al del citado pueblo; y superando la gravísima contrariedad de no ser eficazmente secundado por Zorrilla, y cerrando los ojos al peligro de aproximarse las fuerzas del baron, resolvió dar un nuevo y desesperado asalto, cuyo resultado, merced á lo buena que fué la defensa, no correspondió á las esperanzas del general, que solo habia logrado en la noche del 24 ocupar parte de los arrabales de la poblacion.

Entre tanto Meer, noticioso el 22 en Igualada de la operacion de Urbiztondo, voló en socorro del punto amenazado. Su primera division encargada de observar al enemigo fué sorprendida en Font den Dorca y dispersada con no pequeña pérdida, reparada en parte al siguiente dia 27, por la batida que los carlistas sufrieron y su consiguiente retirada á Vallfogona.

El 28 dió vista Meer á San Juan de las Abadesas, y saliéndole al encuentro Zorrilla, que esperaba en posicion á los liberales, consiguieron estos batir y dispersar á los facciosos.

Tuvo el baron que tomar en aquellos dias severas medidas para corregir la indisciplina que tambien penetró en su campo, é ínterin se dirigía á Figueras á sofocar, como lo consiguió, la insurreccion de una brigada de artillería, Urbiztondo, obligado á dividir sus fuerzas para proporcionarse subsistencias que no le facilitaba la junta, se dirigió á Ripoll decidido á hacer frente á su adversa estrella, á la que vino á poner el colmo la trama de sus enemigos, cuya audacia llegó á conspirar contra la vida del general, suscitándole dificultades y rivalidades cuyo efecto veremos pronto traducirse en hechos.

La junta acordó nombrar su segundo á Tristany, encargándole que inspeccionara las tropas de la alta montaña.

Objeto de la aversion de sus subordinados, privado de la ayuda de Tristany y caído en desgracia de su Rey, tanto menos podia Urbiztondo luchar contra sus enemigos, cuanto que recibia reiteradas órdenes para regresar á las provincias con los restos de los expedicionarios que habian quedado en Cataluña. Se preparó á obedecer y emprendió la marcha perseguido por las fuerzas del baron, con las que no pudo evitar un encuentro que no fué favorable á los carlistas, salvándose, aunque maltrechos, por la oscuridad de la noche. Después de notables penalidades consiguió Urbiztondo pasar el Ebro por Estadilla el 28 de setiembre.

Meer, al salir para Figueras, habia nombrado á Carbó comandante general de la provincia de Girona, y seguidamente, á fin de poder dominar al mismo tiempo que al carlismo en armas á la anarquía, declaró en estado de sitio las provincias catalanas y marchó á Barcelona, cuya tranquilidad se hallaba grandemente amenazada con motivo de las elecciones para las primeras Cortes ordinarias que debian seguir á las constituyentes de 1836.

En desempeño de la mision confiada por el baron, Carbó atacó y venció en Manlleu á las fuerzas reunidas de Tristany, Brujó, Mallorca y Zorrilla, persiguiéndolas hasta la sierra de Niubó, causándoles la pérdida de mas de doscientos hombres entre muertos y heridos, haciéndoles ciento diez y nueve prisioneros, y rescatando los soldados del regimiento de América que por salvar la vida habian tomado partido con la faccion.

Después que Urbiztondo verificó la marcha de que anteriormente hemos dado cuenta, modificando su plan de operaciones se decidió á continuar estas en el campo de Tarragona.

Ocurría esto á principios de octubre y el 11 se apoderaba de Piera, no siéndole posible realizar las mejoras que pudo prometerse de su plan, á causa de las rencillas, la indisciplina y oposiciones con que no habia contado y que cada dia dificultaban mas sus propósitos. Llamado por la junta para la defensa de Berga, amenazada por Meer, exigió Urbiztondo que se le asegurasen socorros por ocho dias para sus tropas, opinion que prevaleció en consejo de oficiales á que fué sometida su contestacion á la junta.

Falto de estímulo y embarazado por esta, apenas obedecido por los cabecillas, las operaciones de Urbiztondo debian en adelante resentirse de ineficacia y flojedad.

Se hallaba sitiando á Pont de Armentera, despues de haber sofocado una insurreccion de los suyos. Los defensores del pueblo rechazaron el asalto; en aquel crítico momento las fuerzas liberales reunidas de Vidart, Ayerbe y Clemente se lanzaron sobre los sitiadores, los que no pudiendo resistir el ataque, vióse Urbiztondo obligado á disponer la retirada de los suyos, que tuvieron que dividirse, llegando á ser tan apurada la situacion en que se vió el general de don Carlos que, segun testimonio del autor de la *Guerra civil*, tuvo que esconderse en un pajar y perder su equipaje, en el que hallaron los liberales una cartera, de la que sacaron gran partido contra el general sus enemigos, publicando la copia de sus comunicaciones reservadas á don Carlos.

Alternados fueron por aquellos dias los triunfos y los reveses en uno y otro campo. Tristany se vió batido por los nacionales de Escala, y Llach de Copons entraba en Rivas que entregó á los horrores del saqueo. En Cornudella y Falset experimentaron tambien reveses las facciones que, acosadas por las tropas liberales, fueron á buscar refugio en la montaña al abrigo de Berga.

Habia ido Tristany al Ampurdan á buscar los recursos de que carecian; pero se dejó llevar tan adelante por el camino de los excesos y tropelías, que el país entero se levantaba para exterminar la gavilla de fieras que mandaba.

La junta, que toleraba cuanto este partidario hacia porque es fama que los individuos de aquella corporacion recibian una parte de botin, le facilitó auxilios para tomar á Puigcerdá, cuyo sitio comenzó el 25. Sus defensores enarbolaron bandera negra, sobre cuyo fondo resaltaba una calavera, y rechazaron el asalto auxiliados por las mujeres y los niños, dando lugar á que llegara en su socorro Carbó, cuya entrada en la plaza no pudo impedir Tristany.

El segundo intento de parte de los oficiales generales de mayor reputacion en el campo carlista, intento dirigido inútilmente á organizar las vandálicas partidas de levantados que tomaban parte en la guerra, mas que por estímulos de fanatismo político, por codicia y cediendo al prurito de vivir á costa del país, permitiéndose todo género de violencias y desórdenes, no tuvo mas satisfactorio resultado bajo la direccion de Urbiztondo que lo habia tenido anteriormente bajo la de Maroto.

Enviado este á Cataluña para convertir en soldados disciplinados á los voluntarios catalanes, hemos visto cómo se estrellaron los esfuerzos de dicho jefe, contra cuyas providencias no cesó de mostrarse contraria la mayoría de los cabecillas.

La inutilidad de la empresa en que fracasó Maroto, debia repetirse y agravarse bajo el mando de Urbiztondo, á quien no podian negarse incontestables cualidades de mando durante su generalato en Cataluña, sin haber conseguido, empero, otra cosa que corroborar con su ejemplo la general creencia de lo ingobernables que eran las facciones catalanas, las que en realidad no venian á ser otra cosa sino bandas de depredadores, reunidos para el pillaje y el desorden que creian redimir con el valor que desplegaban en los combates y la obstinacion con que perseveraban en una lucha en la que no llevaban la mejor parte.

Ya hemos visto que los cabecillas no obedecian á Urbiztondo con la docilidad que el bien del servicio requería. Con los jefes de partida hacian causa comun los junteros y todo el estado mayor de la insurreccion catalana. Don Carlos, á su regreso de la expedicion, que paseó su triste persona y su palpable incapacidad ante las provincias que habia recorrido, don Carlos, decíamos, entregado al partido mas retrógrado entre sus adictos, mal podia sostener á Urbiztondo, manteniéndolo en su confianza y robusteciéndolo en su accion en Cataluña; dejóse al contrario influir el Pretendiente por el clero catalan y por los cabecillas descontentos de que Urbiztondo insistiese en meterlos por vereda; y dócil el príncipe á las sujestiones de los adversarios del general, sancionó la propuesta de la junta para separarlo del mando, providencia que se en-